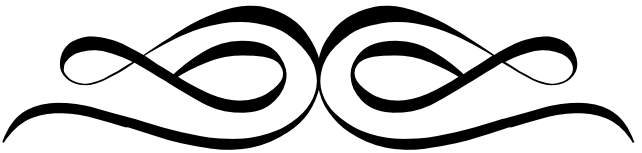
¡Las vueltas de la vida!



Mariano Moreno

¡Las vueltas de la vida!

¡Las vueltas de la vida!
Mariano Moreno

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788416658909

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2014 Mariano Moreno
© 2014 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Prólogo 11
Mi escuela 13
De sacristán 23
Mi hermanita 29
Docencia paterna 33
Entre curas 35
De pastor 39
Jacinto 49
Madrid 51
La Partida 63
Stockach Baden 67
La Familia Wagner 72
El Señor Emilio 80
Berlín 83
Berlín II 84
Recife (Pernambuco) 92
Experiencias y recuerdos innovildables 99
Epílogo 161

Prólogo

Acabo de leer, más bien releer, Zalacaín el Aventurero de D. Pio Baroja, la cual me deja el buen sabor de haber disfrutado de su estilo literario, sencillo, descriptivo y muy ameno, pero que después de leído hace surgir la pregunta: ¿Y esto para qué?. Que un hombre de su cultura, siendo médico, teniendo en sus manos los conocimientos para aliviar el dolor de los enfermos se dedique a escribir cuentos y novelas, no históricas sino más bien fruto principalmente de su fantasía, para qué este derroche, este desperdicio, del saber adquirido?

Nuestros conocimientos se basan en los libros que han escrito los científicos e inventores, que nos han legado el nivel de bienestar que actualmente disfrutamos. Por lo que hemos aprendido de otros, de forma gratuita, estamos obligados a transferir a nuestros descendientes lo poco o mucho que hayamos adquirido.

La vida no es más que una acumulación de experiencias, de alegrías y de sinsabores, de triunfos y de fracasos. De lecciones que no están en ningún libro ni programa educativo. Se van aprendiendo con el paso de los años, con el paso de la vida.

Lo que nos diferencia de otros animales es simplemente la inteligencia, la cual podemos ampliar, cultivar, con los conocimientos que nos otorgan nuestros antecesores. ¿Quién podría hoy calcular el lo-

garitmo de 17 si no es mirando las tablas? y ¿Qué hay de la electricidad y de la electrónica? o ¿De la anatomía y de la medicina? Y de tantas, todas, las ciencias de uso diario.

Porque lo hemos recibido gratuitamente estamos moralmente obligados a restituir, en la medida de nuestras capacidades, los valores recibidos.

Mario Moreno, "Cantinflas", sin tener lenguaje académico, nos hizo reír mucho a muchos, aliviándonos del dolor y la desesperación que padecíamos cuando la sociedad no tenía ni pan ni aceite, sólo hambre.

No es digno de ensalce que una persona con cultura e inteligencia se dedique a escribir cuentos, sin más objetivo que hacernos pasar el rato. Combatir el tedio.

Y esto que es una opinión personal, no sólo aplicable a D. Pío sino también a las muchas plumas ilustres de nuestra cultura, viene a cuento porque estoy a punto de relatar la que ha sido la vida de una persona, mi persona, de humilde origen y de escasos conocimientos pero que la ha vivido intensamente teniendo en cuenta la deuda contraída. Algo he enseñado y mucho he aprendido.

Mi escuela

Nací en un pueblo de España, pueblo pequeño sin metro ni tranvías, ni *smog* (todavía no se había inventado), pero con unos inviernos crudos y duraderos; se helaba la fuente de la plaza, fuente que suministraba el agua para todos los vecinos, la carretera se hacía intransitable por la nieve durante semanas dejándonos sin noticias ni turistas y adicionalmente se interrumpía el suministro eléctrico, los cables rotos quién sabe dónde, y entraban en acción los candiles, si había aceite. No había teléfonos; ni de los móviles ni de los de manivela.

Donde mejor se estaba era en casa, en la cocina, al lado de la hoguera que era la fuente de calor para la casa.

Un invierno llegó a congelarse la tinta en el tintero de la oficina de mi padre, que era el telegrafista del pueblo. Telégrafo que estaba temporalmente *out of service* debido a la falta de electricidad. Se vivía bien ¿?, bien ¿? Se vivía sin stress ni intranquilidades. Cuestión de saber adaptarse a las condiciones reinantes. Los chiquillos son muy adaptables y tanto les gusta un buen montón de nieve como un buen charco.

El plan de subsistencia estaba asegurado; mi padre había comprado 600 kg de patatas, adquiridas de estraperlo a cambio de las puertas interiores de la casa, y con las reservas de las orzas, los días de fiesta,

había ocasionalmente tocino o costillas de cerdo y manteca a falta de aceite. El menú los días de diario era sencillo y fácil de adivinar: patatas asadas bajo las brasas del fuego, con sal, eso sí. En mi casa nunca faltó sal.

En años posteriores nos inundó la opulencia, teníamos algunas veces judías, o lentejas, o garbanzos u otros lujos. Todo con medida pero hasta llegamos a tener pan, de harina de maíz, claro, sin cerner, eso es, con salvado. Estábamos sanos y con buen apetito.

La escuela

Aquella idílica situación tenía un punto negro, muy negro: la escuela, centro del saber y de las ciencias. Nuestros padres nos arrojaban a las uñas de aquel verdugo inquisidor, D. Ángel, pozo sin fondo del saber, que había sido sargento y porque siendo seguramente el único que sabía leer de corrido había sido nombrado tutor de aquella jauría de intelectos vírgenes para hacer de ellos hombres y mujeres de bien. Éramos unos 15 estudiantes, entre varones y "varonas", de diversas edades, entre 5 y 12 años de edad. El aula donde D. Ángel impartía cátedra era una estancia de unos 20 m2, con un cuartucho exterior, un adosado creo que se llama ahora, en lo que podríamos llamar antesala, de 1 m2 (retrete y sala de "reconsideración") —estancia bi-funcional— donde el maestro nos encerraba por cualquier nimiedad para "meditar".

Al lado de la mesa del maestro había un medio bidón, de los de aceite o gasolina, material sobrante de épocas turbulentas, con un agujero en su parte inferior, —para que hubiese buen tiro— que servía de calefacción central, si alguno de nosotros aportaba leña o piñas de su casa. Para evitar humaredas insoportables, que limitarían

la visibilidad, —o estropearían ¡horror de los horrores! la voz estentórea de D. Ángel— había dos ventanas con barrotes de hierro para más seguridad, pues aquella estancia había sido durante la guerra cárcel de alta seguridad para mujeres.

En la parte superior de la pared detrás de la mesa del catedrático se extendía de lado a lado de la pared un enorme cartón que contenía la semilla del saber: las cinco vocales, escritas en redondilla y con diverso color cada una de ellas.

Era, dolor me cuesta retener las lágrimas al recordar su nombre, "LA JESÚS". Era el primer pico de montaña de 1ª categoría, o más, a superar por los futuros científicos.

Se decía por entonces "la letra con sangre entra", se debería haber dicho "con sangre, sudor y lágrimas" y añadir: y algún que otro varazo de D. Ángel y también algunas horas de encierre en la sala de reconsideración; hoy la llamaríamos tocador, que es más moderno.

Al final, tras meses de ímprobos esfuerzos superamos el puerto, y hablo en plural porque en la subida colaboró conmigo Frascuelo, un amigo de los que se hacen en el frente, un amigo para toda la vida. El haber superado La Jesús nos dio la sensación de haber sido Licenciados en letras, de pertenecer por méritos propios a una categoría social— e intelectualmente superior a la de aquella manada de analfabetos.

Un día Frascuelo y yo decidimos que al salir de la escuela iríamos a echarle una ojeada a un cerezo que estaba en un huerto en las proximidades del pueblo.

Para esa arriesgada misión precisábamos de un esbirro que estuviese alerta por si se aproximaba el dueño del huerto, o algún espía de su familia. Yo señalé a un pequeñajo y le dije a Frascuelo que lo

instruyese sobre el trabajo a realizar y le prometiese algunas cerezas si el golpe salía bien.

—¡Ese no!, me dijo Frascuelo, con discreción y en voz baja.

—¿Por qué?, le pregunté yo.

—Es que ese, el pequeñajo, todavía no ha pasado La Jesús, respondió Frascuelo todo escueto, como era su natural.

Naturalmente, yo había ignorado que no nos podíamos mezclar con patanes incultos, por el qué dirán, de modo que asentí y elegimos a otro. Hay que tener conciencia de clase. La teníamos.

El que tiene un amigo, tiene su peso en oro.

Primer cosa que aprendí en la escuela de la vida.

* * *

Un buen día, que hacía frio y yo no me encontraba motivado en exceso para profundizar en mis estudios, mi madre me envió a la escuela y yo a mitad de camino pensé que ya estaba bien de acumular tanto saber y me di la vuelta, a casa, al calor de la lumbre. Mi madre estaba ocupada lavando platos en un cubo, lo normal, y no me dijo nada, pero, a pesar de que yo estaba callado y siendo bueno, —muy importante en estos casos— al rato me preguntó:

—¿Pero tú no tienes escuela hoy? —El carácter inquisidor de las madres. ¿Cuántos disgustos nos habrá dado?

—Si señora, pero es que en la puerta de la escuela había un muchacho, mayor que yo, que me ha dicho: si entras te pego. Me ha dado miedo y por eso me he vuelto.